

La noche empezó oscurísima, la lluvia arreciaba, el viento aumentaba su fuerza, y el humo de la cocina era intolerable. El contrabandista preguntó á la vieja: ¿Qué se podrá aviar para la cena? Nada hay en la casa, respondió aquella, sino vino y aguardiente, pan y pimientos. — ¿No hay huevo? — Tampoco. — ¿Bacalao, arroz?... — No hay nada. — Medrados estamos, dijo el encubierto, y tengo un hambre como nunca...

Volvió en esto el Ventero con el perro, dejando atrancada la puerta. Y le dijo el contrabandista, dando otra ojeada á las escopetas, y mirándolo con aire socarrón: ¿Y la chica?... que salga, no la escondas, que es lo único bueno que hay en tu casa. Y saltó la Ventera y dijo: No está aquí: se fué esta mañana con la burra á la villa, vino por ella el Rojo... Y continuó el Ventero: El criado del señor administrador. — ¿Y el Chupen? preguntó el contrabandista. — Se fué esta tarde al huerto, y allí dormirá. — Con que estais solos. — Solos estamos, dijeron á un tiempo el Ventero y la Ventera, pero el contrabandista volvió los ojos con una expresión tan ladina hacia el monton de escopetas, que la vieja se fué al corral por leña, y el Ventero después de un momento de turbación muy marcada le dió una palmada en el hombro al contrabandista y le dijo: ¿Qué pollo!... y tomando un frasco cuadrado de un vasal, y un vasillo de vidrio, llenó este de aguardiente y se le presentó á su interlocutor diciéndole: «Vaya por la gente dura.»

Ajeno de cuanto pasaba en derredor de sí estaba mi amigo, cansado, hambriento, y embobado en dolorosos recuerdos, y en poco lisonjeras esperanzas, humeaba maquinalmente un cigarro y halagaba el carnudo cuello del enorme mastin con quien estaba en perfecta amistad y armonía.

Bebió el contrabandista, bebió el Ventero, y empezó entre ambos un diálogo muy animado, en una especie de jerga ó algarabía, en que los nombres y los verbos eran de otro idioma muy extraño, pero los artículos, conjunciones y partículas, enteramente de nuestra lengua. Nada entendió el viajero encubierto, ni se curó de ello. Y concluida la conversacion de los otros, que no fué larga, el contrabandista dió la mano muy apretada al Ventero, y volviéndose á mi amigo, con gran impaciencia le dijo: — Vamos, vamos á cenar cualquier cosa, y á dormir, que mañana tenemos una jornada mayor que la de hoy, que no ha sido floja: ya he dispuesto que en un cuartito de arriba se le ponga á V. una cama, que con el colchon del tío Trabuco, que es nuestro hostalero, y con las jalmas de mi jaca, y con la manta y ese capote podría servir para un intendente... pero pronto, pronto. Y viendo entrar á la Ventera con un haz de leña. — Vamos, tía Veneno, ponga V. la sarten y fría unos ajos, que yo le daré pan y chorizos para que nos haga unas sopas... ¿no es verdad, nostramo? — Sí, me conformo con cualquier cosa, dispóngalo V. á su gusto. — ¡Vivan los hombres duros! cuidado, que no lo es poco su merced, dijo el contrabandista, y comenzó á sacar de sus alforjas el repuesto.

La tía Veneno puso una sarten enorme al fuego, mi amigo le preguntó: ¿Para qué tan grande? y respondió la bruja: Mientras más gracia de Dios, mejor. El contrabandista la miró con malignidad, dijo otra palabra en su jerga al Ventero que estaba desmenuzando el pan y cortando los chorizos con una navaja de á vara, y tomando sus escopetas, les quitó el cebo, acomodó la piedra, las volvió á cebar, y las puso á su lado en un rincón, diciéndole al Ventero con una sonrisa de inteligencia: Ya estamos listos.

En un santiamén se hizo la cena, y en un santiamén se engulló por mi amigo, su conductor, el tío Trabuco y la tía Veneno, echando sin embargo sopas para una comunidad. El vino de la venta que era una verdadera supia, y el aguardiente de pita de la misma, que era una verdadera ponzoña, se expendieron en abundancia; y sin dejar á mi amigo más tiempo que el de encender su cigarro, y el de tirar un zoquete al mastin, con quien había simpaticado, le dijeron los otros tres en coro: Ea, á dormir, á descansar, y Dios dé á su merced buena no-

che. Y mientras la Veneno subía á rastra al sobrado un colchon miserable, y el contrabandista la alumbraba con el candil llevándose tambien las jalmas y mantas de su caballería, el Ventero picando un cigarro, y balbuciendo un poco porque el aguardiente le trababa la lengua, y queriendo dar á su fisonomía de suela una expresión de bondad y de sencillez, que la daban un aire muy grotesco, dijo á mi amigo: Aquí su merced con toa confianza. No estará como merece, pero yo y mi pobreza estamos pa lo que guste mandá: á dormir, á dormir, no tenga su merced cuidado. En esto volvió el contrabandista, diciendo: Al avío, al avío: tiene su merced una cama como la de un obispo; á dormir, á dormir!

Subió mi amigo una escalerilla como el cañon de una chimenea, y entró en un estrecho camaranchon tan rodeado de grietas y mechinales, que corría en él el mismo viento que en mitad del campo, siendo tantas las goteras que de la mal segura techumbre caian, que se hubiera debido entrar allí con paraguas: sin ventanas, sin puertas ni vidrieras daba franco paso á una corriente de aire con que hubiera podido moler un molino de viento. Notado lo cual por el contrabandista, tapó, ayudado del tío Trabuco, aquel importuno respiradero con una antigua y jubilada albarda que en el desvan yacía.

Acurrucóse mi amigo lo mejor que pudo en aquel fementido y apocado lecho, y dándole las buenas noches con encargo de que se durmiese pronto, el Ventero, la bruja y el sagaz conductor se retiraron con el candil, cerrando por fuera con cerrojo la puerta, esto es, dejando encerrado al huésped. Notólo éste, y aun quiso oponerse con buenas razones, que cortó el contrabandista diciéndole: que por dentro no había pestillo, y quasi se dejaba la puerta sin sujecion, estaría golpeando toda la noche. Además, que él vendría á despertarlo á la hora de la partida. Con lo que quedó mi amigo convencido. Por los resquicios entró la luz del candil dibujando en las toscas paredes rayas irregulares que fueron disipándose hácia el techo, sonaron las pisadas por los escalones abajo, y todo quedó á oscuras y en silencio.

El viajero disfrazado llevaba ya seis días de penosa marcha y había andado aquel día catorce leguas en un caballo troton, por recuestos y vericuetos; circunstancias que bastan para que se crea que pronto quedó dormido. Y aunque en el breve tránsito de la vigilia al sueño y estando ya como se dice vulgarmente traspuerto, oyó abrir una puerta y luego otra que le pareció la del campo y ruido de gente y de herraduras y de relinchos, sin dársele de ello un ardite se abandonó en los brazos de Morfeo.

Cuatro horas largas de sueño llevaría, cuando los tenaces ladridos del perro le despertaron. Como estaba vestido se incorporó pronto en el lecho; y como notara que el reparo puesto al ventaneo había venido al suelo, cosa que advirtió porque la luna había salido, y aunque velada de opacas nubes difundía alguna claridad, se levantó resuelto á volver á tapar aquel boquete. Al acercarse á él, creyó ver á lo lejos cuatro ó seis fogonazos, de que oyó inmediatamente las detonaciones, fijó los ojos á aquel lado, peronada vió, ni oyó más que el confuso rumor del galope de algunos caballos. Hubiera permanecido curioso en su atalaya, si el frío, y el no haber vuelto á oír rumor alguno no le obligaran á volver á tapar el ventanillo, y á regresar tiritando á su lecho, no sin formar mil conjeturas, precisamente las propias de su extraña posición.

No volvió en todo el resto de la noche á hacer sueño de provecho, aunque después de cavilar un rato recobró el cansancio su imperio y lo dejó traspuerto, en cuyo estado, y sin saber si era ensueño ó realidad, oyó nuevo tropel de caballos, voces roncadas y confusas, ladridos, quejidos y carcajadas y como los golpes de un azadon que abrían algun hoyo en el corral, pero todo tan vago, tan inconexo, tan confuso, que en el casi sueño en que se mantuvo hasta el amanecer no le dejó formar ninguna idea distinta y clara.

Ya empezaba el crepúsculo de la mañana, cuando el contrabandista entró á despertarle, y á decirle

que era la hora de ponerse en marcha, preguntándole qué tal había pasado la noche. Muy mal, contestóle mi amigo; amén de las pulgas que me han devorado, y de las ratas que se han paseado á su sabor sobre mí, y del viento y de las goteras, el ruido ha sido infernal.... ¿Qué diablos ha habido esta noche en esta venta?... ¿han llegado más pasajeros? ¿se ha dado en ella una batalla? ¿qué demonios ha ocurrido? Replicó el contrabandista: ¿Pues qué ha oído V?... Y repuso el otro: No es cosa de cuidado, tiros, carreras, ladridos, voces, lamentos.... ¿qué sé yo? A lo que el contrabandista con afectada serenidad dijo: Vaya, V. bebió anoche un traguito más; nada ha habido, ni nadie ha entrado en la venta; sin duda V. ha soñado esas cosas. — ¿Cómo sueño? saltó el viajero, no señor; estaba muy despierto cuando empezó la algarabía, he visto y oído los tiros, he conocido la voz del Ventero.... y aun la de V.... — Pues si es así (le interrumpió el contrabandista) crea, porque le conviene, que ha soñado.... Y no se dé por entendido, y diga aquí abajo y en todo el mundo que se ha pasado la noche de un tiron, durmiendo á pierna tendida como un bienaventurado. — Pero hombre, es terrible.... dijo mi amigo. Y atajóle su conducta más bajo: Os importa la vida.... no conocéis lo que son ventas y venteros.... Y continuó en voz alta: Vamos, vamos, basta de sueño: caramba y qué pesadez!.... al avío, al avío, que ya es tarde.

Bajaron ambos del camaranchon y se dirigieron á la caballería, donde tenían ya sus cabalgaduras listas. Pero notó mi amigo que había otros dos caballos atados á la pesebrera, fatigados, mustios y enlodados. Sacaron los suyos al zaguan-cocina nuestros viajeros; y el disfrazado advirtió temblando que en el suelo había sangre reciente, que en vano se había querido hacer desaparecer á fuerza de agua. El monton de escopetas no estaba en el rincón; la bruja encendía el hogar; el tío Trabuco andaba como desatentado. Pagóle el contrabandista, cambiaron varias palabras fuertemente acentuadas en aquella jerga con que se comunicaban. Cabalgaron al fin los huéspedes, y alalargar el Ventero un vaso de aguardiente á mi amigo, advirtió éste en la velluda y tosca mano manchas de sangre, y manchas de sangre en la camisa....

Partieron de la venta los viajeros al momento en que el sol asomaba por el Oriente, anduvieron como media legua sin decirse una sola palabra. Cuando al atravesar una estrechura se encontraron con un reguero de sangre que iba á perderse en un espeso matollar. Llamóle la atención á mi amigo, y quiso seguir el rastro; pero su compañero le detuvo apresurado. — ¡Señor! ¿qué ha sido esto? ¡Yo me horrorizo! exclamó aquel; y este le dijo: ¡Cachaza! ¡cachaza! estas son cosas de mundo, y no me pregunte su merced nada porque mi oficio es callar.... Pero hombre, callar una cosa así! dijo mi amigo. — Sí, señor, contestóle el conductor: del mismo modo que no diré, aunque me hagan pedazos; ni el nombre de V. ni las desgracias que le obligan á andar por estos vericuetos, porque se ha fiado V. de mí, y esto basta, tampoco diré á nadie aunque me hagan pedazos lo que ha pasado esta noche en la venta, porque se ha fiado de mí el Ventero y esto basta; por lo tanto no me pregunte más su merced, que será en balde.

Tres días más duró el viaje, al cabo de ellos llegaron á la frontera, en ella se despidió el prófugo, ya en salvo, de su fiel conductor, y al ir á gratificarle con unas monedas de oro, las rechazó el contrabandista y le dijo: No quiero más recompensa de lo que he hecho por su merced sino que me jure y me dé su palabra de caballero de que jamás nombrará la venta de marras, ni contará lo que en ella soñó. Prometióselo mi amigo, se separaron, y volviendo ambos la cabeza al perderse de vista para despedirse, el contrabandista con una expresión singular, puso el índice de la mano derecha en los labios, y gritó á su compañero de viaje: *apanda la muu.*

Madrid, 1839.

## DISCURSO

LEIDO EN LA JUNTA PÚBLICA QUE CELEBRÓ LA REAL SOCIEDAD PATRIÓTICA

DE CÓRDOBA EL DIA 30 DE MAYO DE 1819

SEÑORES:

Si la ocupacion más digna del hombre es la de procurar el bien de sus semejantes, promoviendo la pública felicidad; y si la virtud más ilustre del carazon humano es la caridad, cuyo influjo benigno y consolador enjuga las lágrimas de la infelicidad desvalida; ¡cuánto debe, amigos y compañeros, engrimos y entusiasmamos el noble objeto que nos reúne en este lugar, en corporacion numerosa y respetable, y protegida por las paternales miras de un gobierno ilustrado! Promover el bien público de la provincia de Córdoba es nuestro encargo: encargo grande y sublime, pero que no debe arredrar á los que lo hemos tomado voluntariamente, sin más estímulo que el amor á la patria y á los hombres; y encargo, que si no podemos llenar del todo, por la misma magnitud de él, no debemos abandonar jamás, oponiendo incesantemente el celo al egoismo, la constancia al desaliento, la ilustracion al error, y alzando la voz majestuosamente para publicar la verdad, sobre los tumultuosos gritos de la ignorancia y de la supersticion. Sí, amigos y conciudadanos: de este modo llegaremos al fin á conseguir el alto objeto á que dedicamos nuestras tareas; pues felizmente vivimos en el siglo en que la filantropía y la ilustracion derraman su resplandeciente brillo por toda la Europa, en la nacion á cuya cabeza vemos á Fernando el Deseadido, y en la provincia que se mira sábiamente regida por magistrados celosos y justos, que sólo anhelan la pública prosperidad.

Ala compasion, á aquel dulce y tierno afecto propio de las almas dotadas de sensibilidad y de virtud, debió su primer origen esta utilísima corporacion, ántes que las sábias disposiciones del gobierno determinasen su establecimiento prefijándole constituciones convenientes, y dispensándole generoso patrocinio. La compasion que experimentaron en sus corazones algunos varones virtuosos al ver que la indigencia, con su mano de hierro, oprimía á varios inocentes párvulos de ambos sexos, que mendigaban por calles y plazas su subsistencia; les inspiró la hermosa idea de reunirse para remediar aquel daño, y formaron la sociedad patriótica de Córdoba, que en seguida fundó este colegio, que tenemos á nuestro cuidado, y llamó la atencion del Monarca sobre los males que abrumaban á esta provincia, la más feraz de sus vastos dominios. ¡Ah!... ¿Quién puede recordar tan tierno y virtuoso origen, sin lágrimas de gratitud?... ¿Quién podrá contemplar el desprendimiento y caridad de aquellos primeros fundadores, sin llenar el pecho del dulce respeto que inspiran la virtud y la generosidad? Sus nombres, sus gratos nombres pasarán de generacion en generacion, no grabados en láminas de bronce, ni esculpidos en mármoles soberbios, que el tiempo hunde, que no resisten al cetro destructor de los siglos, y que en oprobio de la especie humana no han servido generalmente hasta ahora más que para eternizar tiranías y latrocinios; sino en los corazones buenos y sensibles, mientras haya hombres que amen á su patria y á sus semejantes. ¡Y los que tenemos la dicha de haberlos sucedido, perteneciendo á esta ilustre corporacion, que tan heroicamente fundaron, deberemos descuidar sus santas intenciones, deberemos abandonar la empresa que se propusieron? No, amigos y compatriotas: trabajemos asiduamente por completarlas, luchemos con todo esfuerzo hasta conseguirlas.

La educacion pública fué su primer cuidado (y quiero llamar particularmente vuestra atencion sobre este punto). No estuvo á su alcance el generalizarla, pero la promovieron en cuanto permitian sus conocimientos y sus facultades, y nosotros, siguiendo el rumbo que tan sábiamente emprendieron, debemos consagrar nuestros desvelos á extenderla por la provincia cuyo bien anhelamos, persuadiéndonos á que ha de ser la basa fundamental de nuestras tareas.

«Sin educacion pública no hay patria», dice el filósofo de Ginebra, y este es un axioma político que no necesita demostracion. Ella forma, suaviza y modera las costumbres, y sin costumbres no hay

prosperidad. Hace á los hombres amantes del trabajo y de la industria, y sin trabajo y sin industria no hay riquezas ni poblacion. Las primeras ideas que se inspiran á la juventud son las que rigen sus acciones toda la vida, y de ellas dependen sus inclinaciones buenas ó malas, el respeto á la religion de sus padres, la obediencia á las leyes de su país, y el amor á su patria, que es el perenne manantial de heroísmo, de gloria y de virtudes, manantial que sólo puede abrir la educacion pública. Ella sola formó los trescientos jóvenes espartanos, que capitaneados por Leonidas corrieron con frente serena al desfiladero de las Termópilas á contener el torrente impetuoso del formidable ejército de Jerjes. Ella elevó la filosofía y las artes en la gloriosa Aténas al alto grado de perfeccion á que no llegaron jamás. Ella salvó á Roma de la venganza de los sabinos, de las asechanzas de los etruscos, del furor del orgulloso Breno, de la emulacion y colosal poder de la opulenta y belicosa Cartago, y extendió las fases consulares y las glorias del Capitolio por todo el orbe entónces descubierta. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas famosas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron, enervados los ánimos de sus habitantes, fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento, y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican los consules descubiertos. Sí, sólo á la educacion pública debieron aquellas naciones sus glorias, su prosperidad, su engrand

llanos inmensos que señorea, fertilizando con su riego vivificador los terrenos. Aumente el arte sus caudales, que la desidia y el abandono disminuyen de día en día; cubranse sus márgenes de bajeles que exporten nuestros granos, nuestros caldos, nuestras producciones de todo género, nuestros artefactos de platería y de curtidos; cobre vida el comercio, casi casi moribundo en esta ciudad, y desaparezca la miseria y la desolación y el monopolio que nos exterminan por momentos, tornando á la hermosa Córdoba, á la opulenta corte del soberbio Almanzor en una triste y silenciosa aldea, donde sólo se ven vestigios y ruinas que llenan de lágrimas los ojos y de luto el corazón.

¡Oh, Córdoba, Córdoba! amada patria mía: permíteme á mi labio que lamente tus desgracias presentes; permíteme á mi pecho que se desahogue en copiosas lágrimas al ver tu actual estado, y al recordar tus antiguas glorias, que desaparecieron sin dejar rastro de ellas, como desaparece el relámpago entre las nubes... Mas no, ¡oh ciudad insigne, patria de los Sénecas y de los Gonzalos! no será eterno tu abatimiento. Tus nobles y generosos hijos, los celosos individuos de tu sociedad patriótica lloran conmigo tus desastres, y dedican sus tareas y desvelos á tornarte á tu antiguo esplendor y á tu debida grandeza y majestad. Ellos tuvieron aliento para oponerse varonilmente á la depredación y barbarie del tiránico gobierno francés, que tenía decretado el último golpe á tu expirante agricultura. Ellos luchando cuerpo á cuerpo con la escasez de recursos de aquella época fatal, alimentaron, animados de la más pura humanidad, á tus infelices habitantes, que iban ya á ser víctimas del hambre asoladora bajo aquel sistema invasor y brutal. Ellos protegen y fomentan la educación de las niñas desvalidas de tu recinto, que serían sin sus desvelos presa tal vez del desenfreno y de la desmoralización. Ellos han traído á tu territorio máquinas útiles al cultivo de tus campos. Ellos, en fin, penetrados de que sin

ilustración no hay ni puede haber prosperidad, han fundado y patrocinan con esmero una academia general, que sea centro de las luces, y de donde se difundan á derramar su benéfica influencia por tu seno con gloria y ventaja tuyas, y lustre de la nación entera. Pues ciertamente en tí que fuiste emporio de la sabiduría bajo el imperio sarraceno, y en tí cuna de los mayores ingenios del mundo; deben ser cultivados todos los ramos del saber humano como en su propio trono. Si; los miembros de tu sociedad patriótica, tus amorosos hijos, tus celosos gobernantes se sacrificarán gustosos por tu bien, y no contentos con los pasos hasta ahora dados por engrandecerte, reoblarán sus esfuerzos, y promoviendo tu educación pública, fomentando tu agricultura, resucitando tu industria, animando tu comercio, cooperando á facilitar tu navegación interior, y protegiendo las ciencias y las artes, brotarán de nuevo en tu seno las virtudes, las riquezas y la felicidad.

¡Oh individuos de esta respetable corporación! ¡oh ilustres y generosos conciudadanos! No os asombre lo colosal de mis ofertas: ni os aterre tampoco el lastimoso cuadro de infortunios que os ha presentado mi discurso, pues aunque son harto ciertos por desgracia, no son enteramente irremediables. Mucho pueden alcanzar nuestros esfuerzos, y si no nos concede el destino ver en nuestros días el feliz resultado que anhelamos, preparemos á lo ménos el camino por donde lo consigamos los que nos sucedan en tan digno empeño, y siempre la gloria será nuestra. Los grandes males públicos no se remedian instantáneamente. Es necesario el tiempo, es indispensable la constancia. Luchemos con las dificultades, despreciemos el frío ceño del egoísmo, los sarcasmos de la ignorancia, las maquinaciones de la maldad, las asechanzas de la superstición; y sigamos majestuosamente nuestra marcha hacia el bien, como el sol venciendo las negras nubes y las espesas nieblas camina sin que nada le interrumpa por la

vasta inmensidad de los cielos derramando torrentes de luz y vivificando cuanto existe en la naturaleza. Nuestro celo podrá excoigir recursos, nuestro ejemplo animar á los que por falta de temple de alma no se deciden á lo bueno, aunque lo comocan; nuestros clamores para despertar la generosidad de los poderosos propietarios y capitalistas á que abran sus inútiles tesoros para dar cima á nuestros proyectos de utilidad pública, y nuestras súplicas, y nuestras reverentes reflexiones romperán las trabas que la entorpezcan. Si; no serán infructuosos nuestros afanes, conseguiremos nuestro sublime objeto. Animo, ilustrados y generosos compatriotas: las luces del siglo, que se esparcen por todas partes con radiante esplendor, el celo de nuestros activos magistrados, y la protección de nuestro católico Monarca, que honra con decidida protección las sociedades patrióticas de España, nos convidan á redoblar nuestros esfuerzos en bien de la deliciosa provincia cordobesa. Animo, y no desmayemos jamás.

¡Qué ocupación más grata que la de desvelarse noche y día por la felicidad de nuestra patria y de nuestros semejantes! ¡Y quién puede llenarla más santamente, más á cubierto de los tiros de la envidia, que nosotros, que en esta ocupación nos constituimos sin más interés personal, sin más esperanza de premio que la satisfacción que resulta á los pechos sensibles y virtuosos de haber hecho algo en favor de la menesterosa humanidad... Este es el único galardón que apetecemos, galardón el más rico y esplendente. Las riquezas, los honores, y aun la fama misma, suele repartirlas injustamente el capricho, la parcialidad y la ignorancia de los seres más inútiles y tal vez más perjudiciales de la tierra; pero la interior complacencia de haber obrado el bien, es siempre la corona de la virtud, corona más apreciable, más esplendente, más encantadora que la que ciñe las sienas de los soberanos, y que las murales y triunfadoras que dieron á sus héroes las antiguas naciones.

## DISCURSO DE RECEPCION

LEIDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA LA TARDE DEL 29 DE OCTUBRE DE 1834

SEÑORES:

Al tener la honra de tomar asiento en esta sala, como individuo de la Academia Española, veo cumplido uno de mis más ardientes deseos, que me ha acompañado como una ilusión, como un imposible, en mis peregrinaciones y desventuras. Y ahora que la inestabilidad de la suerte y la bondad de los ilustrados académicos que componen esta corporación respetable han realizado, sin merecerlo yo, mi anhelo de tantos años; no desahogaré mi corazón si no les manifestara mi cordial agradecimiento.

Idólatra por instinto de mi lengua nativa desde mi infancia, la he cultivado con tesón, ya que no con buen éxito, toda mi vida... ¡Y cómo podía dejar de apasionarme de tan hermoso idioma, habiendo sido educado en el Real Seminario de Nobles de esta corte, cuando la expedición de Catalanes y Aragoneses, escrita por Moncada, era el primer libro que, después de la cartilla, ponían en nuestras manos, y cuando en el curso de nuestros metódicos estudios, Garcilaso, Cervantes, Herrera, los tres Luisés, Mendoza, Mariana, Solís, Melendez y Jovellanos eran los autores con quienes nos familiarizaban? Acostumbrado, pues, á estudiarlos de día y de noche, y á retener sus mejores trozos en mi memoria; imitarlos y aun copiarlos fué mi único anhelo, desde que en mi primera juventud empecé á cultivar las letras, y á dedicarme casi exclusivamente á la poesía: pugnando siempre por dar á mis frases y períodos el sabor peculiar de nuestra lengua, y el giro establecido por nuestros buenos escritores. No soy tan jactancioso que crea haberlo conseguido; pero lo alego como mérito, porque lo es siempre el trabajo constante empleado para llegar á un fin glorioso, aun cuando éste no se consigue, por debilidad de las propias fuerzas, en que no tiene dominio alguno la voluntad. De lo que sí me jacto, señores, es de haber mirado siempre con horror la plaga bárbara de modismos peregrinos, de frases advenedizas, y de palabras exóticas, con que afearon y corrompieron nuestra hermosa lengua castellana la turba de traductores famélicos, que apareció en nuestro suelo, desde que el trastorno político y la mudanza de dinastía, ocurridos el siglo último, nos hicieron de mal grado ver, oír, pensar y hablar á la francesa. Por lo mismo, pues, que siempre miré con horror el daño incalculable hecho así al habla hermosa de mis abuelos; no

aparté nunca los ojos de esta corporación ilustre, creada por providencia divina al mismo tiempo que nació el mal, como para combatirle y deshacer su maléfica influencia; y este objeto lo ha tan completamente llenado la Academia que pudiera decirse que el crisol que le sirve de emblema, apareció desde luego, y ha ardió siempre como un faro que enseña la entrada del puerto seguro, entre las tinieblas de la noche, y la confusa ceguedad de los hinchados mares. Conocidos son los esfuerzos de la Academia Española por conservar puro y con mejoras el depósito que se confió á su celo: su gramática, y su diccionario, y las obras premiadas por esta ilustre corporación en los certámenes públicos, han sido sin duda los puntales que han impedido el desplome total del edificio.

Cuando llegó el memorable año de 1808, en que nuestra patria recobró su grandeza, y volvió á ser España; á pesar del estruendo de las guerras y de las fatigas de aquella época gloriosa y trabajada; las ideas nacionales dieron nuevo impulso á la lengua nacional; y hasta en las partes de oficio y en las comunicaciones militares se empezaron á saborear las ventajas de un estilo castizo y español. Y muy luego en la tribuna pública se oyó hablar la lengua de la patria con gala y con pureza, y vimos en todas partes hacerse alarde, de palabra y por escrito, de frases que yacían en el olvido, y que volvieron á aparecer como triunfando de las introducidas del idioma de los invasores... El término de aquella guerra gloriosa no está olvidado, ni se olvidará en muchos siglos, como tampoco los seis años que por desgracia le siguieron, ni otra época de corta duración y harto borrascosa que vino después; tiempos todos poco favorables al cultivo de las letras y al adelanto del idioma. ¡Y en los últimos diez años habrán podido por ventura hacer aquellas muchos progresos, y encontrar éste grandes ventajas?... No me toca á mí, señores, deslindar este punto... A fines del infansto año de 1823 salí profugo y proscrito de esta patria, por cuya independencia derramé mi sangre, á cuya libertad he sacrificado de todos modos mi existencia; y el no oír la dulce habla de mis mayores, fué acaso la privación más grande y una de las más dolorosas que he padecido durante mi prolongado destierro. Aun- que para suplir la falta de la voz viva de mi idioma

patrio, un Quijote, y la colección de poesías castellanas desde tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días, maestramente escogidas y diestramente coordinadas por un literato insigne, que me escuchaba y con cuya amistad me honro; me acompañaron como amigos inseparables en mis peregrinaciones... ¡Cuántas veces bajo los gigantes árboles de los bosques de Kensington, en medio del borrascoso mar Cantabrio, en las verdes aguas del Mediterráneo, entre los risueños riscos de Piombino y de Montenegro, sobre los dorados escollos de Malta, al través de las deliciosas islas del mar Egeo, en las apacibles márgenes del Loira, y en los simétricos jardines de Versalles, he hecho resonar al ambiente (el ambiente que no había nutrido mi infancia y que estaba lleno de susurros, de idiomas para mí desapacibles, porque al cabo no eran el que mamé en la cuna), con una estancia de Garcilaso, con un soneto de Lope, con una quintilla de Gil Polo, con un sabroso párrafo de Cervantes!... Sí, muchas veces; y la estancia, el soneto, la quintilla y el párrafo, pronunciados por mí con voz doliente y pecho palpitante, y repetidos con sorpresa por los ecos extranjeros, ó me exaltaban deliciosamente con engañosas ilusiones de lo pasado y del porvenir, ó me sumergían en aquel recogimiento profundo que inspiran la desgracia y la persecución no merecidas, y de que nacen la resignación á los decretos del cielo y el desprecio amargo de la injusticia de los hombres. Sí, señores; así como Mr. de Chateaubriand se vanagloria de haber bebido siempre en los rios célebres que atravesó durante sus peregrinaciones y varias fortunas; y yo me glorío, y creo que con más razón, de haber hecho siempre mares y por cuantas tierras me ha arrastrado mi adversa suerte.

Llegó por fin el venturoso día en que apiadado el Omnipotente de las lágrimas de los buenos y de los desastres del pueblo español; desputo remediar sus males y poner término á sus desventuras. Apareció la inmortal *Cristina*, así como aurora de un nuevo día de gloria y de prosperidad. Su mano benéfica abrió las puertas de la patria, con honra, á los injustamente proscritos; y yo, uno de ellos, volví á su seno y á los brazos de mi familia, causando al atravesar el Pirineo el oír nuevamente el

idioma español una sensación de placer inexplicable, que sumergió mi alma en un delicioso delirio, donde se borraron de mi memoria mis largos padecimientos... Absorto estoy sin duda de la benignidad con que soy escuchado, hablando inconscientemente de mí mismo... Discúlpese este extravío... ¡Es tan dulce para los que desgraciados fueron el recordar sus infortunios cuando es pasado el mal influjo de las estrellas, que siempre se mezclan sus recuerdos con cuanto piensan, hablan y escriben!

He recordado la decadencia de nuestro idioma, que si bien empezó, como era forzoso, con la decadencia de la monarquía y con el menosprecio de nuestras instituciones saludables, cayó en decrepitud en el deplorable reinado del imbécil Carlos II; y murió, por decirlo así, poco después con la desnaturalización de estudios y de preceptos, que siguió como era regular á la violenta desnaturalización de ideas y de intereses nacionales. Y he dicho también que esta ilustrada Academia fué la guardadora única de la pureza del lenguaje patrio; y lo fué y lo ha sido ayudada por algunos pocos escritores, que *apparent rari nantes* en el largo período transcurrendo desde la extinción de la dinastía austríaca; y por los esfuerzos del Sr. D. Carlos III, príncipe á quien entre otros mayores beneficios debe mucho España por sus esfuerzos para restaurar las letras y el habla de nuestros antepasados. Pero la Academia no podía ser más que su conservadora, ó por mejor decir el santuario en que se guardaba su última llama trémula y moribunda; aquellos raros escritores, estrellas fugitivas; y los deseos de un monarca, infructuosos; cuando la fuerza de las circunstancias tenía aprisionado al ingenio y viciadas las fuentes del saber. La censura, la inquisición, el fanatismo, y una política equivocada y opresora, no son elementos que producen escritores, y no habiendo escritores no hay idioma. Los idiomas crecen con el siglo, adelantan con la sociedad, se nutren con los nuevos descubrimientos de que nacen nuevas ideas, se perfeccionan con el uso libre é ilustrado. Pero cuando no tienen estos caminos por donde ensancharse y medrar, se estancan cuando se estanca la civilización, retroceden, se pierden y se confunden con los idiomas extranjeros, que siguen como un torrente el curso de los progresos humanos. Así ha sucedido con el español, un día dominante en ambos mundos; hoy circunscrito, con grandes mermas y desmejoras, á los límites de nuestra Península.

Afortunadamente comienza otra época más venturosa, que así como será de regeneración para nuestra patria, lo será para nuestra lengua. La juiciosa libertad que empieza á restablecerse en España, con la oportuna restauración de nuestras antiguas leyes fundamentales, que pronto se desarrollarán majestuosamente, cual lo exige el interés público, no tardará en ponernos al nivel de las na-

ciones civilizadas, y dará por consecuencia un nuevo impulso á nuestro idioma, al dar nueva fuerza y nacionalidad á nuestros pensamientos. Quitadas las trabas al ingenio, preza española, como producción de este suelo feraz y delicioso, ó como influencia de ese cielo transparente y magnífico que nos cubre, volará de nuevo y sacará de los espacios inmensurables de la imaginación tesoros abundantísimos en que hacer alarde de la pompa y gala del castellano, en que resucitar sus gallardas frases olvidadas, en que enriquecerlo con nuevos giros, que no dejan de ser castizos por ser originales. Familiarizados los españoles con las ciencias modernas, amoldarán su lenguaje á la precisión y claridad que deben tratarse tales materias. Abierta la comunicación franca con las naciones ilustradas, que tantos pasos nos han aventajado, durante el último siglo, en la carrera del saber y del buen gusto, nos aprovecharemos de sus adelantos, y para levantar nuestra literatura, y por consiguiente nuestro idioma, veremos que hay muchos caminos por donde cultivar con feliz suceso las letras; que los impulsos internos, las inspiraciones espontáneas y la índole propia del gusto nacional, no deben de ser repelidos y desechados; y que aun los preceptos menos controvertidos, no pueden hacer más que indicar los escollos que se han de evitar, pero no reducir á uno solo los infinitos y apartados rumbos que pueden seguirse con buen éxito. Cultivadas con entera libertad las ciencias políticas y morales, producirán escritores que fijen y pulan y perfeccionen nuestra lengua, haciéndola más lógica y un tanto ménos vaga y redundante, mejoras imposibles de conseguir en otra época no tan ilustrada como la presente, y en la cual los que escribieron de estas materias forzadamente hubieron de perderse en las argucias y sofismas del escolasticismo.

Pero los elementos que más levantarán el habla española en esta nueva y feliz época de la libertad, serán indudablemente el teatro, la sociedad y la tribuna pública. En el teatro, cayendo á par de las preocupaciones políticas las literarias, y animados nuestros poetas con el ejemplo de los más insignes de que hoy blasona la Europa culta, veremos revivir los ingenios de Lope, de Calderon, de Moreto, de Alarcón y de Solís. Y con el cultivo de la comedia española, cual ellos la concibieron y fundaron, renacerán aquellas frases discretas y corteses, aquella conversación amena y picante, aquella expresión feliz de los humanos afectos y un buen gusto y cultura universales; quedando en el olvido (que ya es tiempo) los frios y compasados diálogos franceses, las ya caducadas frases de la corte de Versalles, y el giro de conversación cortado, violento y opuesto á nuestro modo de ver y de sentir. La *sociedad*, que empezará á gustar las delicias de la cultura, y que verá con pasmo que el pensar y el escribir no son origen seguro de persecución; añicónada ya á los admirables romances de Walter Scott

y á la sublime originalidad de Lord Byron y de Víctor Hugo, animará á algunos ingenios privilegiados para que resuciten nuestras viejas crónicas y olvidados romances en novelas históricas, donde la variedad de situaciones ofrezca margen ora á imitar los largos períodos narrativos de Mariana, ora las escogidas y simétricas frases de Solís, ora las festivas y sonoras cláusulas de Cervantes, ora los apasionados capítulos de Fr. Luis de Granada. La tribuna pública abre el más ancho y hermoso campo á la elocuencia, para en él trabajar y perfeccionar el lenguaje, ya desplegando toda su pompa y majestad en los discursos de aparato, ya toda su abundancia y elasticidad en presentar los argumentos y raciocinios, ya amoldándole á la precisión indispensable en los cálculos, y á la pura y sencilla claridad con que deben controvertirse los negocios de interés general.

Nuestra lengua, la más magnífica y sonora de las modernas de Europa (aunque perdona la italiana), necesita cultivo, no nos alcinemos, necesita cultivo para ponerse al nivel de las otras que valen escultivamente mucho ménos que ella. Necesita el cultivo del saber, bajo la sombra de la libertad. Necesita cultivo, para unir á su pompa y gallardía la precisión, economía y abundancia del idioma inglés, y la ligereza, pulimento y claridad del idioma francés. Aquél ha adquirido sus dotes inapreciables en los debates parlamentarios, en el espíritu de asociación, en la abundancia de escritores especulativos, en la cantidad crecida de sus poetas filósofos. Este ha adquirido sus ventajas en los salones y teatros, en la ilimitada libertad de pensar y escribir, en los adelantos de la civilización.

En tanto nuestra lengua, formada mucho antes que éstas de que acabo de hablar, y perfecta y adulta cuando aquellas estaban en la infancia más ruda, paralizada de pronto cuando se hallaba sólo reducida á crónicas, á autores ascéticos, á varios libros de pasatiempo, y á poetas que tenían que perder las fuerzas de un ingenio colosal en descoloridas copias, en fruslerías y en vanas ampliaciones, se acogió al teatro, que era el campo de sus triunfos: pero muy luego un perverso gusto, hijo de una época fatal, la arrojó también de aquel último atrincheramiento. Paralizada, pues, vuelvo á decir, por no decir retrógrada, cuando comenzó el rápido progreso en que tan corta parte ha tomado nuestra desgraciada nación, se ha conservado afortunadamente en este santuario, pura, ya que anduviese desfigurada en el uso común, para que pueda ahora aprovechar las felices circunstancias de regeneración universal que nos ofrece el cielo propicio. Aprovechese, pues, de ellas nuestra lengua patria, brille cual le compete, no sólo como la más sonora y majestuosa, sino como la más culta, preciosa y pulimentada de cuantas suenan en el mundo; y sea la gloria de esta corporación ilustre, que nos la guardó y conservó durante su adversa fortuna.

## DISCURSO DE RECEPCION

LEIDO EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA EL DIA 24 DE ABRIL DE 1853

SEÑORES:

Es tan grande la emoción que agita mi alma al encontrarme en este lugar, en medio de un auditorio tan respetable, y en el momento de conseguir, sin yo merecerlo, entrada en la ilustre Academia de la Historia; que dudo si mis labios podrán expresar con la palabra las ideas que se agolpan en mi mente, los afectos que arden en mi corazón. Pues si es alta la honra que me ha dispensado esta corporación insigne dignándose de abrirme sus puertas, y de concederme asiento entre sus claros varones, ha llevado aún más allá el exceso de sus bondades, señalando este día solemne en los fastos de la Academia para recibirme en su seno, y para que mi débil voz resuene por primera vez en el santuario de la Historia.

Porque hoy es, señores, el día señalado para coronar el acierto de los escritores que han sobresalido en el exámen de los dos puntos históricos interesantes que propuso esta Real Academia á las investigaciones de los que cultivan estos estudios con asiduidad y aprovechamiento; y el primero en que, en virtud del ensanche que los nuevos estatutos le conceden, manifieste pública y solemnemente el estímulo y el empuje que da á la ciencia, premiando del modo más lisonjero y más honroso á los que en su cultivo sobresalen.

Digno empleo ciertamente de esta sabia é ilustre corporación el de estimular y recompensar el

estudio de la historia! De la historia, que nos conserva vivas las edades pasadas; que da lecciones severas y graves á la presente, y que lega avisos importantísimos á las venideras. De la historia, de esa ciencia sublime en que se sigue paso á paso el progreso de la humanidad y el desarrollo de sus facultades intelectuales. De la historia, en que se ve y se estudia el curso, lento sí, pero seguro, con que atraviesan los obstáculos de sus propias pasiones, y de las vicisitudes de los tiempos, ha llegado el hombre desde el grito inarticulado, desde la rústica cabaña primitiva y desde el rudo ejercicio de la caza, para arrastrar una miserable existencia, hasta crear los idiomas; hasta fijar con sábidas leyes sus deberes y sus derechos; hasta dar vida al pensamiento y cuerpo á la palabra; hasta levantar el Coliseo y la cúpula de San Pedro y el monasterio del Escorial; hasta medir y pesar los astros y predecir sus movimientos; hasta humillar los borrascosos mares, sin más impulso que el del vapor; hasta hablar instantáneamente de un extremo al otro del globo por medio de la electricidad; hasta la civilización moderna, en fin, con la que ha llegado á ser el hombre verdadero dueño y dominador del Universo.

No, no hay estudio más interesante, más alto, más sublime que el de la historia; porque el estudio de la historia es el estudio de la humanidad, y

al mismo tiempo el estudio de la Providencia. Si bien se mira y se contempla en las páginas de la historia, cuánto el hombre puede y alcanza, más que por su organización física, la más perfecta de todos los seres, por la fuerza oculta del soplo de vida, del alma inmortal é imperecedera que le infundió el Omnipotente, y se estudia y se comprende la lucha eterna en que su frágil barro y su alma inmortal están con sus pasiones brutales y con los extravíos de su inteligencia; también en las páginas de la historia se contempla, se estudia, se comprende cómo la mano invisible de la Providencia encamina al género humano, en sus distintas razas y en todas las regiones del globo, por la misma senda; y dejándolo caminar por ella libremente y según los impulsos del libre albedrío, lo empuja benéfica ó lo detiene justiciera, según marcha hacia el fin ó retrocede del fin á que lo tiene destinado para sus miras santas é inescrutables.

Si del estudio de la historia general pasamos al de la particular de cada raza y de cada país, aumenta en interés y en utilidad, y este interés y esta utilidad suben á su más alto punto cuando se trata de la historia de la propia nación. El interés, porque los hechos que se refieren y admiran ó vituperan son los de nuestros mayores; y la utilidad, porque las lecciones del tiempo pasado son más aplicables al tiempo presente; pues la vida de los